

LA HISTORIA TRISTE DE UN HOMBRE JUSTO

Capítulo inédito  
Del distrito de Tierrafértil y de la orfandad  
de falsos poetas



*En el capítulo IX, Dragos Corneli visita Tierrafértil, donde tiene un encuentro con su vieja amiga, Nolvaria de Bruma. Durante su caminar, el protagonista está sumido en sus pesares mientras piensa en Risoldar Estut, su antiguo maestro. En la versión final, los pensamientos de Corneli son interrumpidos por Nolvaria, dando fin al capítulo; sin embargo, en la primera versión el encuentro ocurre al principio del capítulo X, no al final del IX, culminando éste en una escena pendenciera en una tasca.*

*El texto está en bruto (sin corrección), dado que he considerado dejarlo con el registro y el estilo que se tenían pensados en un primer momento. En este texto omito el principio del capítulo, dado que es idéntico al de la versión final. Entramos, pues, de lleno en el momento en que añadimos la escena, incluyendo el título original:*

## Capítulo IX

### Del distrito de Tierrafértil y de la orfandad de falsos poetas

(...) Pero sabía que era un día perdido vagar por las calles de Tierrafértil en pos de mi verdadera empresa. Porque junto con Torreleón<sup>1</sup>, [Tierrafértil] era el distrito que más ciudadanos albergaba, de modo que buscar a Risoldar Estut —que no era hombre dado a dejarse ver fácilmente—, iba a ser como buscar una aguja en un pajar. Con todo, visité las antiguas callejuelas, vagué por las majestuosas estancias de la Universidad, y me deleité con la cantidad de lutieres que decoraban la fachada de la calle homónima. Y en éstas que, yendo por la calle de los Lutieres, sabiéndome distraído por el hado de la caprichosa fortuna sonó en mi cabeza una voz clara, cristalina, de mujer, y que así decíame: «Dragos Corneli, once años mayor». Miré en rededor, buscando entre la gente quién era la causante de esa voz femenina que me habían enfocado a la mente. Se trataba de *El Susurro del Viento*, una escala que se usaba para proyectar mensajes a la mente de otra persona.

Cuando llevaba una docena de brazas moviéndome entre el gentío, escudriñando rostros, fui a dar con El Gallinero, un local que frecuentaba en mis años mozos. Y echando un último vistazo a la calle, dióme tal corazonada que resolví adentrarme en la tasca.

Era un sitio sin ventanas, incrustado en la roca viva de la colina, con el suelo de madera y el techo lleno de vigas de las cuales pendían varias decenas de candiles de cobre y estaño. Tenía una apariencia de ancho corredor, con la barra casi al principio, justo en el lateral derecho según se entraba por la puerta; concretamente al fondo, había un pequeño tablado sobre el cual un hombre joven cantaba una copla acompañada de unos torpes acordes de guitarra. El humo estaba tan viciado en el interior que hacía llorar los

<sup>1</sup> Torreleón fue cambiado por el actual nombre: Castroalto.



ojos, pero había un dulzón y embriagador olor a incienso de sándalo. Me acerqué a la barra sin prisas, saboreando el ambiente abriendo mucho el oído de armonizador... percibía miedo.

No.

Miedos, en plural.

—Hipocrás—pedí al barman.

Me di la vuelta dando la espalda a la barra y puse los codos sobre ella, esperando la bebida; era el momento de horadar en el interior de aquellas candentes almas en busca de alguna cara conocida, pero no encontraba a la causante de *El Susurro del Viento*, sino la misma emoción en el ambiente: miedo. Miedo allá donde escudriñaba. Incluso aquél que parecía más popular entre todos, alzando la voz y dando palmetazos sobre la mesa con una seguridad pasmosa, desnudaba con cada gesto, con cada mirada, el mayor miedo de todos los presentes.

Supongo que debo aclarar a vuestras mercedes una cosa importante. La mayoría de las veces, cuando hablo del miedo de la sociedad, a lo que en verdad hago referencia es a las ocultas vacilaciones de las propias convicciones personales. Dicho de otra forma: Isbar era una ciudad de gente asustada y perdida, sin inquietudes. De gente que, por mor de parecer fuertes mitigan con un velo de apariencias el vacío de una personalidad perdida o difusa. Un día se ponen un disfraz, y al siguiente se ponen otro que decore ese vacío. Fingir algo que no eres es más importante que lo que seas en realidad, y eso es algo que la mayoría de las veces lo mueve el miedo. Miedo al rechazo, a perderse en la inmensidad del mundo, de no tener los arrestos de reafirmarse ante la vida y el pensamiento crítico. Tal es la verdad de lo que ando diciendo que, por estos motivos, existen villanos con gran hacienda que exigen pleitos de hidalguía, mientras que junto a sus casas viven barones —y a veces condes o duques—, que gasta más en opulencias que en llenar el estómago.

Supongo que es por una cuestión de economía del esfuerzo; es más fácil seguir un patrón y modelarse a los vaivenes del momento que forjarse unos preceptos y ser fiel a ellos. Lo segundo no sólo es más difícil. ¡Vive Dios que también pasa factura!

Pero me estoy distraendo con lo que les estaba contando. El caso es que la bebida llegó en el momento en que el joven cantante terminaba sus últimas notas y se fundían en los aplausos de los parroquianos. Era costumbre en este tipo de canciones aplaudir cuando ya se iba dando por terminada la copla, entre otras cosas porque se podía adivinar fácilmente el final por su soniquete característico: el pasodoble. Así que aprovechando el inciso que provocaron los vítores en la atención de los clientes, me llevé el hipocrás a una de las mesas libres cerca del escenario, en un sitio poco iluminado cerca de una columna de hierro oxidado con grandes vanos llenos de moho. Siempre he tenido dificultades para escuchar las conversaciones a hurtadillas, sobre todo en sitios de gran bullicio, pero intenté pegar el oído todo lo que pude a la mesa que había tras la columna. Uno de los huecos me sirvió como campana de resonancia para amortiguar



el ruido del local, por lo que pude escuchar parte de algunos amistosos coloquios, pero nada fuera de lo común. De todos modos, lo que buscaba no eran conversaciones, sino a cierta mujer, causante de la voz en mi cabeza, que sabía que se escondía por algún rincón, en silencio.

—¡Que suba! —se oyeron gritar unos cuantos—. ¡Que nos lea un poema!

Las conversaciones se atenuaron en el local, y maldije a las dos penumbras alzando la vista al lugar donde la atención del pub estaba centrada en ese momento. Pude ver como un tipejo de vara y media subía por las pequeñas escaleras que había junto al escenario. Era enjuto y moreno, y su vestimenta tapaba el miedo de su plante: jubón de terciopelo negro donde podían verse bordadas con hilo de plata unas finas líneas que de lejos se adivinaban como palabras. Tenía el pelo negro azabache, rizado y descuidado, y llevaba una rala barba de tres días que en personajes de su presuntuosa talla daba a entender lo deliberado del asunto: falsa humildad en el descuido. Por último, la parlotía, ese sombrero que simboliza la banalidad de los artistas, como si fuese un tapón para la sesera, que impedía que se escaparan las ideas.

Cuando se hubo colocado frente a su público, entre el cual les recuerdo estaba un servidor oculto tras la columna, lanzó una vacua mirada llena de una interpretación tan descarada que tumbaba de espaldas, y habló con un tono desmedido de dulzura alzando un papel en la mano derecha:

—Buena noches, amigos míos —hizo una ensayada interrupción—. Bueno, más bien debería decir, buen atardecer, que es hora del ocaso. Fermoso por cierto.

Sonrió socarrón, y los presentes se contagiaron de inmediato; cuando has pisado las tablas en un sinfín de ocasiones, controlar las emociones del respetable puede ser tan fácil como tirar de las palancas de una berlina de vapor. Aprendes bien a leer los silencios, las miradas, los aplausos, hasta el punto de manejarlos a voluntad. Y yo conocía bien esa forma de manejo tan sofisticada como la palma de mi mano: era Pilgrim Nash, conocido por ser un poeta local que presumía de una fama ficticia cuyo precio estaba muy por encima de su nivel cultural. Una fama que no podía reconocer más allá de un pequeño círculo de adolescentes que le bailaban el agua. Adolescentes féminas, por supuesto, que pedían a gritos que les regalase los oídos a base de palabrotas vacías, pero con un estilo donde la metáfora tenía una persistente presencia empalagosa. Los temas que trataba eran siempre los mismos: mujeres y noches alcohol, por lo que los fines de su poesía estaban claros desde un primer momento.

Aún recuerdo vívidamente cómo desperté la acritud en él hace once años, pues tuve un romance con una de las tantas muchachitas que él embelesaba y la tomaba por novia. Nuestro amorío no fue muy duradero, y él ya la había abandonado por otra en aquel entonces. Pero su honra fue dañada por el supuesto despropósito de seducir a una de sus ninfas intocables. Y esa ninfa intocable también tenía nombre, pero me reservo el nombrarlo, pues ni conviene ni es propicio llamar a la puerta del dolor en este punto de la historia.



—Voy a leerlos uno de los últimos poemas que he escrito. —Hizo una pausa mirando al suelo—. Puede que no esté del todo acabado, no sé... Pero, ¡quién soy yo para hablar de cosas acabadas, cuando aquí nada acaba, ni termina de empezar!

Así se exployó, durante unos tres insufribles minutos haciendo gala de un acto de mediocridad de la que pocos en la sala podían percatarse: «tu latido habla a gritos con el mío»; «nos haremos mil veces realidad»; «el amor no deja vivir a nadie, pero yo he decidido no dejarlo vivir a él», y etcéteras del estilo, que mucho embelesaban por su embellecimiento lírico y estilístico, pero poco decían en su fondo artístico e intelectual. Tres minutos escupiendo tonterías decoradas con una pragmática extasiada pero que, para hacer la justicia que se merecen, tres minutos de tonterías que sonaban muy bien. Ni una rima, ni un juego de palabras. Sólo prosa leída como verso mientras controlaba el tono de su voz, las pausas, el ritmo, el volumen, hasta los susurros, imprimiendo emociones aquí y allá sobre el texto que leía, llegando al corazón de los que allí se hallaban.

Voy a decir algo en lo que creo profundamente de forma esperanzadora. Es de esos pensamientos que te alientan a creer en la justicia moral. Y es que lo superfluo siempre gana a lo profundo, pero sólo a corto o medio plazo. El tiempo recuerda a quienes tienen algo verdaderamente trascendente que contar, como hijo de su época. Llama mucho la atención que quienes no se dedican a la poesía, suelen ser aquellos que escriben en las agrupaciones cántico corales del ducado de Sadoña, donde se ubica el Puente, mi barrio. Son gente de oficio variado, a menudo villanos sin condición de hidalgos, y que no se define literata, pero que llegan al alma con temas reales y fatalistas sólo con la belleza en la que se expone la desnuda verdad<sup>2</sup>. Quizá sea que quienes van con las del Diablo han escudriñado la cruel realidad, y por ello han sabido hacerse con las herramientas adecuadas para tallar las palabras con el tesón y la beldad de lo inefable.

Sé lo que algunos están pensando. Quizá esto que escribo no trascienda más allá de la barrera de la inmortalidad, pero no tengo más cometido que escribirlo por y para una persona, pues la pretenciosidad es el mayor de los pecados que manchan los preceptos de la escritura. Que es cosa sabida que todos estamos hechos de nuestras experiencias, y el mentiroso siempre será aplastado por la tautología que desnuda la Historia de nuestro mundo. Y como la poesía tiene un ritmo, un soniquete, una musicalidad y una métrica, convenimos en que merece mucho más que la pueril concatenación de tres frases monotemáticas y embellecidas con un maquillaje de mala calidad. Espero que vuestras mercedes comprendan esta humildad y sepan valorarla en su simplicidad, al menos más que la orfandad artística de falsos poetas que nos ha tocado vivir en estos tiempos; que si me permiten la figura literaria: la poesía es una palabra que suena liviana, hasta que nos damos cuenta de los hígados que hay que tener para levantarla.

<sup>2</sup> Analogía del Carnaval de Cádiz.



En pensando esto, y en la era de mediocres que me había tocado vivir —no sólo en la poesía por supuesto, sino en la música, el teatro, el arte y la literatura en general—, decidí que no lo aguantaba más, y salí de detrás de la columna con la esperanza de que no me viera el rostro, y andando de espaldas al escenario fui a salir por la puerta.

—¡Dragos Corneli! —Pilgrim Nash levantó la voz por encima de los presentes—. ¡Me alegro muchísimo de veros, muy señor mío!

Lo de «muy señor mío» lo dijo en un tono jocoso, casi grasiento. Me mantuve de espaldas, y confieso que experimenté un apuro tremendo, pues hacía años que no me sentía el centro de atención en lugares de jolgorio. Así pues, me quedé paralizado con la esperanza de que recondujera sus palabras hacia los presentes y se olvidara de mí.

Pero sus palabras volvieron a golpearme en la nuca:

—¡No recuerdo cuándo fue la última vez que os vi! —Se aclaró la garganta y pude escuchar como soltaba el papel al suelo—. ¡Se os ve excelente!

Me di la vuelta, asentí educadamente y volví mis pasos de nuevo hacia la salida, sin responder palabra alguna.

—¡Antes de que os vayáis! —exclamó—. ¡Escuchad esta improvisación! —De nuevo me quedé paralizado. Su voz volvió a tomar ese tono pastoso, cargado de melancolía. Todos guardaron silencio—: «Ayer volví a soñar que te recordaba; entre sábanas de un catre que te llama aún a gritos; mas a aquel bellaco que te robó de mí; sólo puedo decirle apiadándome de él:...»

Y entonces lo soltó, el hideputa, como si estuviera esperando un día a encontrarme y recitarme tales frases a la cara. En esta ocasión fue a mis espaldas, pero no por ello de la manera más cobarde fue a decirlo así, que más cobardía se hallaba en el hecho de tratar temas íntimos a expensas de la aceptación pública, delante de todos los presentes:

—«... ¡qué desdicha la tuya, que te quedas las sobras de mi sombra; mas que dicha para mí, que me quedo con la luz de un nuevo día!»

No sé cómo fue el arrebató. Tampoco sé cuánto tardó. Sólo sé que hallábame de nuevo de cara al escenario, con el rostro airado y mano en el pomo de la ropera. Fue entonces cuando me percaté del aplastante silencio que había en rededor, que hasta el dulce aroma del incienso parecía esfumarse con la tensión del ambiente. Relajé la mano y sonreí, comprendiendo que no hay mejor manera de destruir a alguien que haciéndolo con aquello de lo que se jacta. Así que, cuando en viendo este pesar mío el hombrecillo fue a abrir la boca, lo interrumpí bruscamente con mi palabro en forma de poesía que compuse años atrás, vaticinando la creciente inflación de escritores de medio ardite. Y así fue lo que recité:



Un portento de miseria designa  
disfrazado de talento un necio más,  
que engalana su vacío cultural  
con la presuntuosidad que te indigna.

Mas no lles a desprecio su injuria,  
que por furia otros se revistieron  
mostrando el don que nunca es verdadero  
de un poeta marginado de espuria.

Y aunque yo no soy poeta de oficio  
ni conozco vicio más pendenciero,  
permite que el soneto dé este juicio:

Quien se llame poeta con esmero,  
no hace más que nombrar sólo el bullicio  
de un oficio de versos sin talento.

Terminé de recitarlo y, como cabía de esperar, tan pocos como entendieron la mediocridad recitada por el poeta marginado de espuria, igual pocos entendieron a qué me refería con el soneto. Y entre esos escasos aplausos me dirigí al escenario y me acerqué al circunspecto imbécil que me miraba desafiante pero pálido e inmóvil. Planté mi boca junto a su oído y le dediqué unas palabras, sólo de la única forma en la que se tratan temas íntimos: en la intimidad.

—¡Qué desdicha la vuestra, por embaucar a la niña; que dicha la mía, por enamorar a la mujer! —Me aclaré la garganta—. ¿Habéis visto, muy señor mío, como yo también sé decir palabras bonitas?